

DIEZ RAZONES PARA NO CASARSE

Dr. Pedro García Toledo



Alberto llevaba muchos años de novio y no le pedía a Teresa casarse. Ella varias veces se lo hizo notar, en forma indirecta y directa, hasta que un buen día lo presionó a decidirse, a fin de que no le hiciera perder el tiempo. Pelearon. Se separaron. Pero él la extrañaba mucho: se sentía deprimido, solitario y tomaba alcohol. Fue entonces que Alberto la buscó, se reconciliaron y – naturalmente- fue para casarse. Ella había “ganado” la batalla. Pero ese matrimonio no fue feliz. No dejaron de odiarse ni siquiera cuando nació su hija. Actualmente, viven divididos dentro de la casa y son indiferentes el uno al otro.

Por su parte, Filomeno se casó con Virginia para cumplir con la palabra empeñada en el lecho de muerte de la madre de ésta. El resultado fue que nunca se sintió bien al lado de Virginia, ni siquiera con los hijos que vinieron al mundo. Allende los años, la traicionó con otra mujer, en un complicado enredo de serias consecuencias legales. Superada la crisis, los dos viven peleando y no son felices.

RACIONALIZACIÓN

En el caso de Alberto, se casó para no sentirse solo y triste. Se dio una razón para animarse: “antes, la hice abortar y estoy en deuda”. Por su parte, Filomeno se casó para cumplir con un juramento, aunque él no estaba enamorado. La tendencia es que los hombres temen casarse. Y, cuando lo hacen, se dan una serie de razones para doblegar su resistencia interior. Ese proceso se llama *racionalización*, un mecanismo de defensa del yo, para superar la ansiedad de perder la libertad. A continuación, se examinan diez racionalizaciones que hacen hombres y mujeres para ir al altar: Las ilustraciones son de casos clínicos.



1. “Está embarazada”

Desde hace varias décadas se sabe que la mitad de los matrimonios en el Perú se realiza estando la mujer embarazada. En el enfoque conservador de la vida, un caballero repara el honor de la mujer casándose con ella. Si el varón quiere a la mujer, considera casarse con ella, aunque no tenga un trabajo fijo o, incluso, aun se encuentre estudiando; ya los padres ayudarán cobijándolos en su casa. Pero otros, dirán que aborte. Y otros razonarán: “reconoceré al bebé, pero no tengo que casarme”.



Una mujer (28) acudió al hospital por ataque de pánico. Tenía un matrimonio disfuncional. El marido, cinco años mayor que ella, era frío y distante. Ana le había sido infiel y su consciencia le atormentaba. La frialdad del esposo fue desde el primer momento: lo obligaron a casarse. Había tenido relaciones íntimas cuando ella era menor de edad. La familia -con la mediación de la policía, la amenaza de acusarlo de violación y la cárcel- lo presionó muy fuerte. Tuvieron dos hijos. Cuando ella le preguntaba “Rogelio, ¿tú me amas?”, él le respondía despótico: “Vivo contigo”.

2. “Ya me toca sentar cabeza”

Algunos varones, acorralados por el compromiso, se dicen a sí mismos y a los demás que ya es momento de parar las juergas de soltero y convertirse en una persona sensata. Qué mejor para eso –aseguran- que casarse, tener hijos, es decir, formar un hogar. Pero si la persona tiene una neurosis, será mejor que se cure antes de casarse.



Un joven médico llevaba una vida sensual y dispada. Mujeriego y desordenado, había vivido “intensamente”: viajes al extranjero, política, bulbitos. Incluso, tuvo una hija, producto de sus aventuras. Hasta que decidió que debía “sentar cabeza”. Se casó con una colega, buena profesional, responsable y hermosa. Pero Antonio nunca llegó a sentar cabeza, pues nunca abandonó su carácter de Don Juan. La hirió varias veces con sus infidelidades. Aunque ella sobrellevó su matrimonio ante los demás, la relación interna se malogró de modo muy significativo.

3. “Le he hecho perder mucho tiempo”

Existen hombres que, luego de varios años de enamorados, aunque se les haya ido el enamoramiento, consideran moralmente correcto casarse con la vieja novia. Se sienten obligados ante los demás, ambas familias y amigos. Para calmar su ansiedad se disponen a inmolarse en la iglesia y el registro civil, para compensar el haberle hecho perder tantos años a la mujer. Es verdad que los “novios eternos” son inconvenientes para las mujeres, pero siempre se está a tiempo para romper la relación, si ya no hay ilusión.



4. “Ella es buena”

Si uno tuviera que casarse con la mujer más buena del mundo, tendría que hacerlo con la Madre Teresa. Pero no es la bondad el único atributo que motiva a los hombres a casarse, sino un conjunto de factores eróticos, de personalidad compatible, económicos, etc.

**5. “Me llevo bien con su familia”**

Este es otro corralito mental que el mismo varón se construye, para obligarse en nupcias ante la familia de ella. Ha hecho amistad con sus padres y hermanos y, entonces, se siente comprometido. Se casa para no fallarles a éstos.

**6. “Con mi amor lo corregiré”**

Hay mujeres que le adjudican al amor el súper poder de reformar a un varón alcohólico, jugador compulsivo o fiestero. Se creen el cuento de que “el amor lo puede todo”. Entonces, deciden casarse con la ilusión de que lo reformará de su fea costumbre de consumir marihuana o de picaflores. Nada más falso. Los hombres adictos suelen empeorar con el tiempo. En la práctica

clínica, se ve muchas parejas en conflicto, porque él nunca cambió su hábito de consumir cocaína o su adicción al sexo. Si eres un varón adicto al trabajo o a la computadora, cúrate antes de casarte, porque la boda no arregla nada.



Una médica acudió a una consulta de si casarse o no casarse, porque su novio padecía de disfunción eréctil. Luego de dos años de relación, nunca habían tenido relaciones íntimas. Al principio, ella lo tomó como una expresión de respeto. Pero, después, intuyó que algo no estaba bien. Entonces, él le confesó que tenía un trauma sexual desde la adolescencia. Cuando él –psicólogo de profesión- acudió con ella a la segunda consulta, expresó muy tajante y radical que no estaba dispuesto a ninguna terapia. Su mirada era torva y huidiza; y su modo de sentarse, retorcido. En la tercera consulta, a solas con ella, el psiquiatra le dijo que su novio no solo tenía disfunción eréctil sino algo peor: una neurosis grave. A la médica le tomó varios meses terminar la relación.

7. “Me cela porque me ama”

Un poquito de celos es bueno en el amor, dice la gente. El problema es que la medida de ese “poquito” resulta subjetiva para muchas damas. Al inicio, las llamadas telefónicas continuas de él la fascinan, las experimentan como un gran interés amoroso. No pueden captar que se trata de un verdadero control. Luego, las escenas de celos son racionalizadas como un exceso de amor de parte de él. Más adelante, aunque el control celoso se despliega contra la manera de vestirse o maquillarse, sus amistades masculinas, reuniones sociales, etc., ella sigue creyendo que es amor. No se da cuenta que está frente a una persona que sufre de celotipia y que requiere tratamiento psiquiátrico.



Una ingeniera que estaba por casarse consultó porque su novio era extremadamente celoso, al punto que la tenía cercada en su espacio laboral y social, y asfixiada en sus horarios. Lo peor fue que la golpeaba continuamente, a un promedio de tres veces por semana: jaladas de cabello, pellizcos, empujones, además de reclamos mil. Ella interpretaba mal esa agresividad, hasta que una buena amiga, psiquiatra, la convenció de acudir a consulta especializada. En tres sesiones, comprendió que su novio era un paciente psiquiátrico. Le tomó tres meses romper con él.

8. “Me ama a su manera”

Ella le perdona todo, porque “él es diferente”. Si él llega tarde a las citas o, simplemente, la deja plantada, es porque “tuvo demasiado trabajo”. Ella se enoja, pero después lo perdona debido a que “él es así. Tengo que comprenderlo”. Pero, si un varón es tan desatento con su novia, durante el matrimonio será peor. La trampa es que la mujer justifica todas las desatenciones diciéndose “él es bueno” o “nadie es perfecto”.



Un psicólogo llegó una hora tarde a su boda, casi terminando la misa. Ella también entró tarde (de seguro, por la costumbre de que la novia no entra a la iglesia, si el varón no está esperando en el altar). El sacerdote les reiteró que estaban a tiempo de no casarse. Pero los contrayentes, aunque avergonzados delante de familiares, amigos y colegas, insistieron en que los casara. Así lo hizo el sacerdote. Y este tuvo razón: en menos de un año el matrimonio se separó.

Una mujer justificaba el consumo de marihuana de su enamorado diciendo al psiquiatra: “nadie es perfecto”.

9. “Contigo, pan y cebolla”

Hay mujeres que, locas por casarse, no les importa de qué van a vivir. “Ya Dios proveerá”, le dicen al novio que gana poco. No se preocupan qué van a comer los hijos mañana.



Una joven dependiente de una tienda se peleó horrible con su padre y, entonces, aceptó encantada pasar unos días en la casa de su enamorado, un estudiante universitario, mientras se buscaba un cuarto, para vivir independiente. Pero los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses y los meses en años, con gran mortificación de la familia del enamorado. Él tuvo que ponerse a trabajar para buscar vivienda. Cuando la lograron, ella se embarazó de inmediato, sin tener en cuenta que él todavía no se había graduado. Tuvieron un segundo hijo y ella dejó de trabajar. Él se tituló y comenzó a trabajar en su profesión, por fin. Pero todo el poco dinero que ganaba era para la casa y no para reinvertirla en su superación, lo cual fue un lastre económico permanente en ese matrimonio.

10. “Se me va el tren”

Aunque la mujer sea profesional e independiente, tiene una estructura del carácter que la hace discretamente dependiente del varón, quiere casarse y tener hijos. Entonces, procura casarse aunque el novio se resista de modo persistente.



Una abogada de 40 años acudió a consulta por depresión creciente. Al cabo de cinco años de enamorada consentida, él no se animaba a casarse. Este le pedía, de modo reiterativo, más tiempo para pensarlo. Ella veía que la posibilidad de ser madre se le escapaba cada día. Su psicoterapeuta le aconsejó que pusiera una fecha límite. Así lo hizo. Pero cuando llegó el *deadline*, se dio una prórroga así misma. Al cumplirse la nueva fecha, volvió a darse una nueva “oportunidad” y así *ad infinitum*.

RECOMENDACIONES PARA CASARSE

A. No estar locamente enamorado

El enamoramiento es una ilusión que hace verlo todo color de rosa. La persona enamorada no ve los aspectos que pueden limitar la relación. Hay que permitir que el tiempo haga lo suyo: el proceso de *desilusión*, es decir, el llegar a ver la realidad tal como es. Suele tomar más de un año.



Un contador rompió dos relaciones que sostenía en forma simultánea e, inmediatamente, inició otra que lo fascinó. Se enamoró tan intensamente que le pidió a su reciente pareja casarse. Ella, que estaba

igualmente hechizada, aceptó. Se casaron en menos de seis meses. Los defectos de él afloraron al poco tiempo: picaflor, maltratador y celoso. No obstante que el matrimonio se hundía, tuvieron tres hijos. Finalmente, se separaron.

B. Conocer bien a la pareja

Es esencial. Para conocer bien a la pareja hace falta salir con esta de manera frecuente y sostenida. No se trata solo de sumar el tiempo de enamorados. Debes tener la oportunidad de descubrir si él tiene mamitis, agresividad, alcoholismo, drogadicción, donjuanismo o bisexualidad, a fin de que puedas decidir si te conviene casarte o no con ese hombre.



Una pareja inició su relación años atrás. Pero él se fue a estudiar una Maestría al extranjero, por tres años. Cuando regresó a Lima, los horarios de trabajo de ella y de él no coincidían, de manera que solo se veían los domingos. Aunque habían pasado cinco años, se conocían poco. Además, ella le había sido infiel en las pausas y no sabía si él había hecho lo mismo. Por eso dudaba si casarse o no.

C. Conocer bien a su familia

Marcela nunca se preocupó de tratar a los familiares de su novio. Ella creía que su amor con Gustavo podía ser a lo *Robinson Crusoe*: ellos solos y felices en una isla. Poco después de casarse, comprobó que su cuñado era un vago y drogadicto que le paraba pidiendo dinero a su esposo. Primero, ella le aconsejó que no le diera plata; luego, se lo exigió. Los pleitos, por esta causa, atravesaron toda su vida matrimonial.



D. Las cuentas claras

Si no tienes trabajo o estás estudiando, lo sensato es no casarse. Si debes socorrer a tu mamá o hermanos, la novia debe saber que una parte del dinero irá para tu familia de origen.

Carlos (20), un hijo de familia desempleado, embarazó a Cristina (19). Antes de que dar a luz, ella se fue a vivir a la casa de los padres de él. Cuando nació la criatura, él desempeñaba trabajos eventuales. Con la inestabilidad laboral, el estrés y la amargura, se le fue el amor y así se lo comunicó. Ella hubo de volver a la casa de sus propios padres con un hijo en brazos.

E. Ser semejantes

Algunos creen ingenuamente que “polos opuestos se atraen”. Eso ocurre con los imanes; pero con los seres humanos no, porque no son cosas. Más bien, la investigación psicológica muestra que la atracción se da con más éxito entre hombres y mujeres semejantes: en clase social, raza, idioma, religión, gustos, etc.



F. No albergar demasiadas dudas

“Ante la duda, abstenerse”, reza el adagio. Y en cuestión de bodas, tal consejo popular es más relevante que nunca. Es verdad que casarse ocasiona dudas saludables, porque se trata de un paso

trascendental en la vida. Pero cuando hay demasiada dudas, es mejor renunciar, por muy bello que aparezca el futuro consorte.



Rubén (40) tiene una novia (33) casi perfecta: bonita, amorosa, profesional, independiente, deportista y elegante. Su único “defecto” es que quiere casarse con él a como dé lugar. Pero, luego de cinco años de relación sentimental, él no se decide a unirse a ella para siempre. Le aterra perder su libertad, está acostumbrado a su soltería, no le interesa tener hijos y, finalmente, la ve a ella muy posesiva. Al mismo tiempo, Rubén no quiere perderla. “¿Quieres una novia eterna?”, se le ha inquirido varias veces, pero nunca contesta. En este caso, la duda es un buen síntoma-freno para no casarse.